

“ME DECÍAN QUE NO SERVIA; POR ESO ME DEDIQUE A LA LITERATURA”

El autor teatral más popular de Chile cuenta a nuestro diario aspectos de su vida. Aprendió a leer y escribir solo. A los diez años abandonó su hogar. Trabajó en todo: hasta fué lazarrillo de un ciego.

“Al teatro hay que respetarlo”, dice quien ha sido olvidado en las esferas oficiales



ACEVEDO HERNANDEZ

“SOY UN HOMBRE que nació un día a la orilla de un arroyo, que ha sufrido mucho en diversos aspectos a través de 71 años, y que ha tomado ese inmenso dolor como material para trabajar.” Así resumió su vida a EL SIGLO, Antonio Acevedo Hernández, el más humilde y popular de cuantos autores teatrales ha producido Chile. Acevedo Hernández —Premio Nacional de Teatro en 1954, ganador de decenas de premios más que ni él recuerda ya; autor de más de 40 obras; 20 de ellas inéditas; traducido a 17 idiomas y con largos años de periodista; ahora trabaja con toda la intensidad que le permite su quebrantada salud en “Retablo de Brujas”, que espera terminar pronto—, contó ayer a nuestro diario trozos pintorescos y dramáticos de su agitada vida, días después de haber cumplido su 71º aniversario, el viernes pasado.

“Don Antonio”, como se le llama cariñosamente, se apartó durante más de una hora con un reportero de EL SIGLO en su hogar de la calle Quezada Acharán 2023, en el barrio Vivaceta, y con su sabroso y críollo lenguaje, interrumpido a veces cuando la memoria le jugaba alguna mala pasada, recordó aspectos de su vida. De la conversación, resaltó un hecho: el extraordinario amor que don Antonio siente por la literatura, por nuestro pueblo, por la vida, en una palabra, a pesar de todo lo que lo ha maltratado.

“¿DONDE NACI? EN NINGUNA PARTE...”

—¿Ud. es del sur, don Antonio? ¿Dónde nació?

—Mira, no nací en ninguna parte. Dicen que soy de Angol. Caí por ahí cerca, en un arroyo. En un arroyo al sur de Angol. Pero esta ciudad la vine a conocer cuando tenía 64 años... Un viejito me bautizó. Mira: Angol va a ser con el tiempo la ciudad de la cultura: es una gran escuela.

¿Mi juventud? Estoy lleno de cosas. Empecé a vivir a los 10 años, cuando me fui de la casa. Mi padre era famoso, recorrió toda Sudamérica. Era muy fuerte; terco y bueno. Sabía mucho; para mí era un monumento. Mi madre era “muy recontra” buena. Si hay santas, mi madre era una de ellas. ...Pero yo me fui de la casa, cuando tenía 10 años, cuando era un niño, recién. Caminando llegué al río Cautín, y ahí conocí a esa gente “buenaza”: los carrilanos. Los carrilanos son verdaderas ciudades ambulantes. Ahí cada uno hace lo que quiere. El que es santo, reza su rosario, y lo dejan. Son muy generosos. Lo mejor que he visto en mi vida, palabra. Un carrilano me dijo: “Andate a trabajar con nosotros”. Acepté: me subieron a un carro y parti. Me enseñaron a manejar la baraja, el cuchillo y a no ser...

LA DURA INFANCIA DE UN AUTODIDACTA

Fuó dura la infancia de don Antonio. El, no cuenta las penurias pasadas con un tono lastimero o revanchista. Habla simplemente de los días amargos cuando pasó HAMBRE, sí, con mayúscula, y de muchas horas oscuras de su infancia. Pero a través de su modestia —fué un autodidacta: aprendió a leer y escribir solo— resalta su vigorosa condición humana. Escuchémoslo:

—En Temuco estuve sólo, y no me querían. Dormía con los perros y otros vagabundos. Recuerdo que un día una señora —creo que se llamaba Margarita; sí, Margarita Marinao—, me llamó y me dió una taza “grandaza” de café, con tortillas, y me regaló un par de zapatos. Trabajé en muchas cosas. Fui lazarrillo de un ciego que tenía unos ojos preciosos y que no veía nada. Lo conocí llorando, porque un muchacho lo había maltratado. Nos hicimos muy amigos. Después me fui al campo y les escribía las cartas a muchos campesinos. Me pagaban una chaucha. Era mucha plata... Chillán fué el pueblo que me trató mejor. Entré a la Escuela Superior. Hice en un año, los cursos que los muchachos hacían en 5. Anduve por Concepción. Trabajé en el trigo. Me acuerdo que un señor de una hacienda me tomó cariño y me hizo trabajar cambiando piedras de un sitio a otro. “Eres muy trabajador —me dijo— te pagaré sueldo de peón, no de niño”. Pero me fui. Le dije que eso no me gustaba. No quería ser ni peón, ni empleado. Trabajé en todo: hasta militar fui... En Chillán tuve un negocio en la Plaza.

“ME DECÍAN QUE NO SERVIA; POR ESO ME DEDIQUE A LA LITERATURA”

Prosigue don Antonio Acevedo: “Vine a Santiago, después y aquí me trataron muy mal. Yo

sabía que mi padre estaba en la capital, pero no lo quise ir a ver; es que también yo era muy soberbio. Trabajé con un carpintero. Pero me retiré y dije que jamás volvería a clavar un clavo. Es que sentía algo, aquí adentro. A los 20 años entré a trabajar al diario “La Opinión”, donde estaba ese “periodistazo”, Tancredo Pinochet. Recuerdo que me corrían mucho lo que escribía en una columna. Un día dije: “Hasta cuándo me echan a perder las cosas”. Después me echaron. Yo no entendía nada de literatura. En esos años —1913-1914—, ya había escrito dos comedias: “En el rancho” y “El inquilino”. La primera se dió mucho en “El Excelsior”. No me recibían en ninguna parte: me decían que no servía. Por eso me dediqué a la literatura...”

“¿CUANTAS COSAS EN 42 AÑOS!”

Don Antonio se alisa su blanca cabellera y continúa hablándonos. Nuestras preguntas son interrumpidas por reflexiones sobre diversos temas, y sus ojos se iluminan cuando habla de la juventud actual “que me parece simplemente formidable; estos jóvenes poetas llegarán muy lejos.”

Luego dice: “42 años de tea-

tro. ¡Cuántas cosas se han hecho a lo largo de la vida! Domingo Gómez Rojas me ayudó mucho. Pero los muchachos de ahora son formidables; los poetas jóvenes llegarán muy lejos. Le tengo mucho cariño a la juventud. Dicen las cosas peleando, con hombría... Tengo una fe muy grande en ellos. Hay que defenderlos.”

Luego, don Antonio pasa rápida revista a su fecunda producción. Muchos títulos y obras no recuerda; tampoco todos los premios que ha recibido. Hace esfuerzos y menciona su Teatro, su Teatro del Suburbio, Trilogía del Campo, Teatro político, Epopeyas, Leyendas, Dramas bíblicos, Sainetes, Folklore, Novelas y Crónicas.

Actualmente, a pesar “que estoy sumamente cansado y he perdido la memoria”, don Antonio trabaja febrilmente. Está

haciendo un libro de leyendas, “de esas cosas que hago yo”. Preguntamos su nombre. “Esperate”, dice. En seguida sube al segundo piso de la casa y vuelve con un manojo de originales atados. “Se llama “Retablo de brujas”, y espero terminarlo en unos 20 días más”, señala, hojeando los papeles con cariño.

“AL TEATRO HAY QUE RESPETARLO”

Luego, don Antonio nos confiesa su predilección por el autor nacional Armando Moock, y dice unas cuantas cosas sobre el teatro. Oigámoslo:

—Al teatro hay que respetarlo; es muy difícil. Cada auto debe “trabajar” incansablemente sus obras. Uno las escribe con gran trabajo. Si no se dan bien, hay que rehacerlas las veces que sea necesario. Ve después la obra en un escenario y siempre le encuentra defectos. La vuelve a rehacer. Hay que tener paciencia.

—Siempre he hecho cosas de pueblo. Jamás he hecho una obra para que la encuentren “bonita”... El individuo debe dar lo que es capaz de dar. A Pedro Urdemales lo contaban los campesinos de distintas maneras. Encontré una manera, y le dí forma y salió el Pedro Urdemales que se conoce.

—En Chile hay material para hacer magníficos autores teatrales. Pero los autores, entre otras cosas, no tienen previsión. En otros países cuando están viejos los llevan a asilos y escriben allí mismo.

—A los muchachos jóvenes hay que ayudarlos. Uno no puede burlarse de un pobre o de un ignorante; hay que enseñarle. El sentido humano de las cosas es lo que vale.